



Borrador para
un abecedario
del desacato

Vir Cano

Cano, Vir
Borrador para un abecedario del desacato / Vir Cano;
ilustrado por Lucila Adano. - 1a ed. - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires: Madreselva, 2021.
96 p.: il. ; 11 x 17 cm.

ISBN 978-987-3861-51-2

1. Ensayo Filosófico. 2. Literatura Argentina. I. Adano,
Lucila, illus. II. Título. CDD 199.82

Borrador para un abecedario del desacato

Vir Cano

Madreselva editorial, Buenos Aires, julio 2021

www.editorialmadreselva.com.ar

Diseño integral: Kodama Leandra • @mundokodama



Esta edición se realiza bajo una licencia Creative

Commons Atribución-No comercial 2.5 Argentina. Por lo tanto,

la reproducción del contenido de este libro, total o parcial,

por los medios que la imaginación y la técnica permitan sin fines

de lucro y mencionando la fuente está alentada por los editores.

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina – Printed in Argentina

Borrador para un abecedario del desacato

Vir Cano



A Ángeles Queipo,
por toda esta vida-muerte
de amorosa y desacatada
amistad.

Presentación

El 20 de marzo de 2020 se decretó el ASPO (aislamiento social, preventivo y obligatorio) en Argentina, y a mí me agarró en casa, con un trabajo que se virtualizaría de la noche a la mañana, y que me permitiría seguir pagando las cuentas. Soy investigadorx del CONICET y profesora de universidades nacionales. De ahí sale mayormente mi salario, ese que seguí cobrando, y con el que tuve la posibilidad de “aislarme”, acompañadx en esos días de desconcierto y temor por Berni, que se había quedado sin laburo de la noche a la mañana porque se cerraron las salas de teatros independientes, y las de ensayo, y los centros culturales que eran su mundo (de repente suspendido). Decidimos pasar lo que anunciaban eran 15 días en mi casa, para ver si podíamos resistir a la pandemia con un poco de piel, romance y contención amorosa. Este abecedario surgió como un juego entre las dos, un poco para pasar el tiempo, otro para atizar las pa-

labras, la imaginación y las figuras, en un momento de suspensión de muchas de nuestras certezas y prácticas habituales. Cuando podía, yo escribía una entrada del borrador, y luego hacíamos juntxs un video de no más de 60 segundos para IG que nos embarcaba en ediciones de textos, pruebas de vestuarios, memorización, luz, cámara y acción. Trabajo en equipo mediante, grabamos varias entradas de no-definiciones, y este abecedario se fue escribiendo con paso lento, desperejo, a su propio contra-tiempo. Gracias Bernardita Epelbaum, por pasar conmigo esos primeros tiempos turbulentos, por acompañarme en el lavado con lavandina de las compras y en los juegos, por el capricho amoroso y por ese contacto que sabe ser cuerpo, escritura y mirada cómplice.

Del otro lado de alguna pantalla, en esa cercanía amorosa que hemos re-construido y re-inventa-

do tantas veces y en la que las palabras y los borradores han sabido ser puente y cobijo, Catalina Trebisacce leía las entradas que le iba mandando, y transformaba este texto con sus lecturas agudas y sus apreciaciones siempre filosas. Al ratito de empezar a sacar los videítos por IG, mi querida Madreselva, esta vez a través de los mensajitos de wapps de Leo, me ofrecía la oportunidad de hacer del *Borrador para un abecedario del desacato* un proyecto editorial. Y yo sonreí en un momento donde no abundaban las alegrías. Gracias por el sostén de todos estos años, por mostrarme otras maneras de pensar y practicar la producción de conocimiento, la intervención en el campo contra/cultural, la circulación de las palabras y los sentidos.

Ya hacia el final, y con el manuscrito en mano, se sumaría Janna Tegeler, que aceptaba la invitación a escribir un epílogo, unas notas como dice ella, que se anudan a este borrador y lo continúan, lo laceran, y lo comparten. Con vos, amiga amora,

cenas, vinos, charlas, complicidades y escrituras compartidas. Y como si este texto no estuviera ya inundado de afectos, de esos que son sostén y posibilidad, hacia el final del proceso, Julieta Massacese me hace una lectura enriquecedora con sus ojos lúcidos de rara avis, y Luli Adano, ilustradora a la que admiro hace mucho, acepta la propuesta de sumar sus dibujos a este borrador para un abecedario, allí donde las letras me han dejado sin palabras. Luli hace de las tres letras en busca de una no-definición perdida, la posibilidad de un mundillo, el murmullo de-formado de un otro-lugar-otro-tiempo, la convivencia, como dice ella, de la incomodidad y la ternura. Fueron también la incomodidad y la ternura compartidas y entrelazadas las que movieron los trazos de este texto.

Vir Cano, 18 de febrero de 2021.

Des-instrucciones para escribir este borrador

Escribir un borrador como quien sabe que sólo se puede decir en la precariedad de lo que está en des-obra, de lo que no es definitivo, de lo que no tiene certeza ni pretende tenerla. Escribir como quien ensaya, prueba, y por eso se expone al error, a la equivocación, al borrón (sin cuenta nueva). Escribir un borrador, como lo hicieron Wittig y Zeig, para atizar nuevos significados en palabras viejas, e incluso para intentar “desmontar la lengua del mandato [y] criar la lengua del desacato”, como nos invita val flores. Escribir un abecedario, para jugar con las letras y las acciones, para delinear algunos de nuestros gestos insumisos. Esbozar un abecedario del desacato, plagado de verbos que no se pretenden definir ni delimitar, y que bien podrían haber sido otros, para aproximarnos

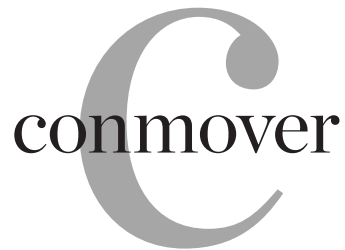
a ellos, darles un rodeo, merodearlos, degustarlos, experimentarlos. Escribir un borrador para un abecedario del desacato, como quien se arriesga a la apuesta de hablar, de decir, de dejarse tomar por las palabras, allí donde ellas son refugio y trinchera, terreno y delirio, placer y peligro.

a amar

El desafío parece ser éste: hacer del amor, no una tecnología de disciplinamiento y segregación, sino “el motor del cambio”, como escribió Lohana Berkins en una de las cartas de amor más bellas de nuestra literatura insumisa. Amar, para practicar otras maneras del erotismo, del cuidado, del tejido de redes, de la vida en común, por fuera de las lógicas familiares y nucleares que cercenan nuestras potencias afectivas y políticas. Amar como un modo de interrumpir la pedagogía hetero-cis-capitalista, como una manera de desmontar su educación sentimental y sus sutiles técnicas de aislamiento. Amar más allá de la lógica del contrato matrimonial y familiarista, tratando de escapar de los pobres libretos culturales asignados a cada uno de nosotros. Amar como lo hacen las amantes de Wittig y Zeig, fugando de los contratos sociales aprendidos. Amar de modos distintos a como lo dictan la moral, las costumbres o las instituciones, como nos seducía Foucault, para así ampliar los matices y los territorios de la amorosidad.

b boicotear

Una estrategia de interrupción, un plan de acción coordinado, que hace del desistir orquestado un acto colectivo de resistencia. Boicotear como una manera de protestar, de complotar contra el sistema, el patrón, la empresa o las condiciones que oprimen, de oponerse a lo que se considera injusto. Boicotear como lo hicieron los granjeros irlandeses, durante la guerra agraria de mediados del SXIX, que se rehusaron a cosechar, a vender productos e incluso a entregarle la correspondencia a Charles Boycott, el administrador de las fincas de un terrateniente que aún en período de hambruna se negaba a bajar los arrendamientos de las tierras. Boicotear como una manera de detener abruptamente el actual estado de cosas, como un arma de declinación de la explotación, como una técnica para no seguir sosteniendo lo que no se puede ni se quiere aguantar más. Boicotear, una y otra vez, para encontrarse con quienes ya no quieren más y se juntan para decir basta.



conmover

He allí una apuesta y un afecto radical: una acción que sólo se puede hacer con lxs otrxs; ya sea porque nos dejamos conmover, y por tanto somos movidos por y con esxs que nos interpelan, nos tocan, nos llaman, e incluso nos irrumpen; o bien porque somos capaces de movilizar a aquellxs con lxs que estamos inextricablemente unidxs, sean anónimos o cercanos. Conmoverse como un gesto radical de ruptura de la inmunidad, de la cerrazón anestésica a la que nos somete la pedagogía sentimental neo-ego-liberal, como un ejercicio afectivo de libertad. Conmovernos como un modo de transformarnos ahí donde es posible la conmoción, el temblor, el abismo del yo. Conmovernos como un acto que nos arroja fuera de nosotros mismxs, y nos recuerda nuestra siempre a la vez mortífera y salvífica condición extática, abierta, expuesta, nuestro ser-en-común.

d dudar

Una tesitura del pensamiento, un acto de libertad y humildad intelectual: una manera de bailar entre palabras, conceptos, ideas y ficciones. Dudar como quien sabe que no hay certezas ni verdades últimas, como quien gusta más de las preguntas incómodas que de las respuestas definitivas. Dudar como una manera de habitar la cavilación reflexiva, la insurrección vacilante, la rumiación de las ideas, el desconcierto de la razón. Dudar como un modo de cuestionar lo-ya-pensado, lo-ya-sentido, lo-ya-aprendido, lo ya-hecho-cuerpo. Dudar, también, para habitar esos gradientes del afecto que nos hacen temblar, e incluso tambalear. Dudar de lo que nos dijeron y de nuestras propias afirmaciones, de nuestros sentimientos, de nuestros sueños y de nuestros anhelos. Dudar como una manera de vivir el pensamiento y la acción, allí donde ellos nos arroja al riesgo de un discurrir diferente, a la fragilidad de lo incierto y a la ligereza de lo que se sabe siempre precario, demasiado precario.

e ensayar

La propuesta sería esta: hacer del ensayo un modo de vida, de la tentativa un hábito, de la errancia un camino. Ensayar como quien disfruta del paseo más que del destino, como los gatxs que hacen del merodeo en las terrazas su mundo. Ensayar como quien prueba cosas nuevas y se atreve a transformarse a sí mismx, un poco a tientas, un poco por curiosidad, un poco por necesidad de mutar la piel y de no quedarse aferradx demasiado tiempo a nada. Ensayar, no como quien va a estrenar una obra, sino como quien hace de la vida un teatro itinerante. Ensayar, para ensanchar nuestras posibilidades, para ampliar nuestros movimientos, para practicar nuestros oficios y destrezas. Ensayar, a puro error, a puro desparpajo, a puro deambular, como un antídoto contra la inmovilidad mortífera de lo que se entrega a la permanencia y se rehúsa al cambio, como el remedio frente tanta monotonía.

fantasear

Una potencia del pensamiento, un rincón del deseo, con suerte, un desacato de la imaginación, e incluso, una disposición para la acción; en cualquier caso, la esquirra intrépida de un otro-mundo. Fantasear, como una manera de desafiar los límites de lo aprendido, como un ejercicio de insubmisión imaginativa, como un modo de expandir el umbral viscoso de lo que puede ser y puede no ser al mismo tiempo. Fantasear como quien disfruta de una de las tesituras más maravillosas de las artes de lo improbable, como una forma de hundir los dedos en los labios siempre abiertos de lo im-posible. Fantasear como quienes fabulan las nuevas arquitecturas de lo factible, como un modo de cartografiar territorios apenas explorados para la acción, el deseo, el dolor y el placer, como una forma de recuperar la fuerza que anida en el juego cuando éste desafía los límites de lo real. Fantasear con otros, en manada, en soledad, cuando se puede, cuando se lo necesita, cuando se lo desea, cuando es un exceso, y también cuando parece que es lo único que nos queda. Fantasear,

con la ligereza conmovedora de esos remolinos que no necesitan tocar la tierra para remover los suelos. Fantasear, como quienes están dispuestos a arriesgar un mundo y se entregan por ello a la posibilidad de ya no ser quienes eran, aunque sea por un rato, aunque más no sea para rozar los bordes de otras geografías, de otros afectos, de otros paisajes, de otras vidas.

g garabatear

Un capricho de la atención, el despliegue de lo irregular, (im)pura voluntad de margen: quizás una de las más prolíferas y fugitivas artes del merodeo. Garabatear, como un modo de escribir y de borrar a la vez, como una manera de entrenar el gusto obscuro por todo lo que está fuera del marco. Garabatear como un intento de cobrar formas poco comprensibles, de fantasear lenguajes ilegibles y de ensayar visiones inacabadas. Garabatear en las servilletas, en los cuadernos, en los formularios, en las paredes de los baños, y en cada uno de los des/bordes del mundo. Garabatear con lápiz y papel en mano, derramando glitter en el torso de los amigos, con la punta de los dedos en las pieles de las amantes, o con un latigazo en algún paredón yermo de nuestra a veces tan estrecha imaginación. Garabatear los papeles, los cuerpos, los afectos, los pensamientos, las imágenes y las palabras. Garabatearlo todo, para dejar que el trazo precario y la imagen inquieta des-arramen nuestros sentidos y maneras de ver el mundo.

h huir

Una de las prácticas de la declinación que más nos han enseñado a temer, incluso una de las desviadas artes del fracaso reivindicadas por Jack Halberstam. Huir, como una estrategia de supervivencia, pero también como un acto de insumisión. Huir como quien fuga de un lugar asignado, como una manera de no dar en la talla o de no acatar los ideales, las aspiraciones y los mandatos que nos dañan. Huir, porque a veces no queremos ni podemos volver a casa. Huir tantas veces como lo necesitemos, como podamos, como nos salga. Huir para no quedar atrapados, para no ser parte de los espectáculos que ya no nos divierten, o para abandonar el juego que se supone deberíamos estar intentando ganar. Huir, no por pura cobardía, aunque quizás con temor, pero fundamentalmente con justas y vitales razones, como esas fugitivas del desierto que se rehusaron a hablar la lengua del mandato. Huir, para hacer de la herida un campo de experimentación, de la falla una posibilidad, del desvío un acto de resistencia. Huir, porque a veces, como susurran las hojarascas de Susy Shock, “no queremos más ser esta humanidad”.



incomodar

Fuerza corrosiva del mal-estar, insumo filosófico de nuestras estéticas del desagrado: su belicosidad sutil la convierte en una efectiva tecnología de la interrupción. Incomodar, como una manera de expresar nuestro disgusto e inconformidad, como una forma de interpelar o incluso de boicotear una situación. Incomodar, como lo venimos haciendo en cada fiesta familiar, en nuestros trabajos, en las calles y en las plazas. Incomodar con nuestras palabras, con nuestros cuerpos, con nuestros gestos, con nuestra ternura, con nuestros gritos y con nuestros silencios. Incomodar como lo aprendimos de la belleza furiosa de las travas que le provocan tortícolis a las señoras y señores de recoleta, con la insolencia de los besos tortilleros en una estación de tren. Incomodar para importunar al status quo, para detener la máquina del disciplinamiento, para inducir un pequeño temblor. Incomodar, cada vez que sea necesario; pero también, incomodarse. Incomodarse frente a los espectáculos tristes de nuestra cruenta humanidad, y también allí donde sabe-

mos que algo tenemos que pensar, que transformar, e incluso que desterrar de nosotros mismos. Incomodarnos con nuestras propias miopías, torpezas e imposibilidades. Incomodarnos para no acostumbrarnos ni relajarnos frente a tanta injusticia, para habitar esa tesitura áspera que nos impulsa a hacer otras-cosas, a pensar otros pensamientos, a sentir otras desmesuras. Incomodarnos, porque ¿quién puede estar cómodo en este mundo?

jugar

Incentivada, codificada, capitalizada y romanizada en la infancia, es sin embargo una de las prácticas que nos enseñan a perder y a cercenar: constituye, por eso mismo, un arte que no deberíamos abandonar jamás. Jugar como un modo de experimentar con la asistencia de la imaginación, como una manera de garabatear en los márgenes de lo que somos, como una forma de habitar la soledad y el encuentro con los otros. Jugar para con-movernos aunque sea por un instante, para probar los papeles que no nos permiten los desgastados libretos culturales, para intentar rasgar los tejidos de lo imposible. Jugar como los cachorros cuando se entrenan en nuevos movimientos, como los pibis que se entregan a las fantasías que sólo nacen en un escondite secreto compartido, o con la maestría de los viejos que dominan con picardía el tablero de cemento de la plaza. Jugar como un modo de pasar el tiempo, pero también de encontrar un destiempo en el propio tiempo. Jugar en los umbrales de las superficies y las profundidades, allí donde lo precario inventa un

mundo, y los mundos proliferan con la fugacidad y la contundencia huracana de lo que no pretende durar para siempre. Jugar, para ver si allí, en el contratiempo de lo lúdico, somos capaces de fantasear, sentir y practicar otros juegos, incluso de habitar “la posibilidad de inventar otras reglas”, como invita Moyi Schwartzer; porque en este mundo, a veces, lo más difícil y liberador es dejar, como dicen los pibis de Fútbol militante, “que otros jueguen lo normal”.



lacerar

Un movimiento radical, una peligrosa posibilidad, un riesgo que a veces tenemos que tomar. Lacerar, como una manera de cultivar el arte del desgarro y de practicar la virtud de la mutilación. Lacerar como el animal que ejecuta el corte que le dará de comer y provoca así la herida que lo mantiene atado a la vida. Lacerar con los dientes ensangrentados, con las manos entumecidas de tanto apretar, con las puntas filosas de nuestros pensamientos, o con los bordes rasposos de nuestras lenguas malditas. Lacerar, para hacer del tajo una potencia nutricia y de la pérdida un movimiento vital. Lacerar lo que sea necesario; porque, por mucho que nos engañemos, no es posible separar la vida de la muerte, ni del dolor, ni de la crueldad que se infringe en el cuerpo propio y en el ajeno. Lacerar los tejidos del mundo para rasgar los límites de lo que somos y hundir, con belleza depredadora, nuestras garras en la carne de lo im-posible.

m morir

Una posibilidad radical, destino común de todos los vivientes, sella entre nos-otrxs un pacto de finitud ineludible. Morir, porque no hay transformación, ni acontecimiento, ni interrupción que no lleve consigo un pequeño o un gran duelo, a veces incluso una herida irreparable. Morir, como un modo de practicar el extraño arte de la pérdida, del corte y de la corrosión; como una forma de experimentar la incompletitud, de sentir el desmembramiento de lo siempre ya-sido, de oler la porosidad propia y ajena. Morir, como la afirmación de nuestra más expuesta fragilidad, recordatorio de esa vulnerabilidad que no se nos quita y que nos arroja a las manos a veces gentiles y otras veces despiadadas de les otros. Morir, como una certeza, como una im-posibilidad, como un riesgo; con el corazón desgarrado, con el cuerpo dolorido, con miedo, con indiferencia, con deseo, e incluso con el peculiar placer que anida en esas pequeñas muertes que atestiguan un despliegue de fuerzas. Morir, porque como dice Nancy, “aislar la muerte de la vida, no dejar-

las entrelazarse íntimamente, cada una intrusa en el corazón de la otra: he aquí lo que nunca hay que hacer”. Morir, porque no hay ser que pueda escapar al límite de sí mismo y porque no seremos capaces de re-aprender a vivir-con-otrxs, humanos y no humanos, si no reinventamos las maneras de perecer-en-común. Morir, como una de las más importantes prácticas del acompañamiento y la desposesión, como la huella permanente de la comunidad de lxs precarixs, de lxs que saben que están de paso y por eso mismo ensayan maneras de con-vivir y de morir-con.

n narrar

Una de las más antiguas y veneradas artes de lo im-posible, para decirlo con Adrienne Rich; es quizás también uno de los más peligrosos y necesarios ejercicios del desacato: no hay palabra que esté a salvo, ni relato que no arriesgue un mundo. Narrar, para contar nuestras historias, para recordar nuestras experiencias, para archivar nuestras cartografías. Narrar, también, para fabular otras maneras de ser-con, para ampliar nuestros horizontes de i/legibilidad, para disputar los regímenes de silenciamiento y las políticas del nombre im-propio a los que somos sometidxs. Narrar porque, como dice val flores, “el lenguaje es un estratégico campo de batalla, un sitio de pugnas” al que no podemos ni queremos renunciar. Narrar entonces para no ser borrados, ni silenciadas, ni negades; pero también, para ser malinterpretadxs, incomprendidos, escurridizas e incluso invisibles. Narrar, no como quienes creen haber encontrado “la verdad”, sino como quienes disputan los saberes instituidos y ponen a rodar sus conocimientos insurrectos. Narrar,

una y otra vez, en variopintos estilos, para incomodar la lengua del presente y para socavar las políticas genocidas del “buen decir”. Narrar, con suerte, para regar los brotes de sentidos en los que cobijar nuestras existencias, para darle lugar a nuestros contratiempos, para inscribir los fugaces tartamudeos de otros mundos.



O ocultar

Técnica milenaria e interespecie de sustracción y atesoramiento; constituye a un tiempo una estrategia de guerrilla, un artilugio de supervivencia y una de las artes de la desaparición más denostadas por los saberes “ilustrados” y sus sueños de mirada omnisciente. Ocultar, como una táctica de interrupción de los regímenes luminosos de hiper-visibilidad y auto-revelación que sostienen los actuales sistemas de auto-control y de seguridad, como una manera de resistir al espíritu de transparencia y disponibilidad que domina nuestros tiempos, como una forma de escapar a “la soledad de la luz” contra la cual nos alertaba Derrida. Ocultar, para afirmar las potencias de lo invisible, de lo que no se deja ver, de lo ignorado, de lo que pasa desapercibido, pero no por eso deja de estar allí, para quienes tienen olfato afilado y despiertos los sentidos. Ocultar, para experimentar el placer del escondite, de lo que no está allí a la mano de todos ni de cualquiera; para entrenar también la magia de los enclaves soterrados. Ocultar, no como quien encubre un daño o una

vergüenza, sino como quien hace del secreto una estrategia de cuidado, como el perro que atesora el alimento que ha enterrado y que mantiene así a resguardo. Ocultar, para hacer de lo incógnito el campo donde desplegar nuestros ensayos de otras lenguas, de otros tactos, de otros nudos.

P palpar

Potencia del tacto, técnica de reconocimiento y sabiduría de entre-pieles: encuentra en la versatilidad de los movimientos de las manos su inspiración, su aspiración, su principio de acción y de ruina. Palpar, como una forma de conocer el mundo, de leer con los dedos, de acercarnos a lxs otrxs, y a nosotrxs mismxs. Palpar un territorio, una piel, una posibilidad, una situación, otras veces, un peligro, una pérdida o una emboscada. Palpar con los dedos apenas apoyados, con las manos presionando el plexo, con las uñas afiladas de los animales de presa, con el roce involuntario del codo en una pared fría, y con el borde rasposo de nuestras más in-mundas fantasías. Palpar como lo hacen lxs que se entregan a las fiestas del placer, como las bandadas de pájaros que anticipan las tormentas, o como la carpintera que comprueba su pericia rozando la madera recién cepillada. Palpar como una manera de hacer de la piel y el contacto un saber, una apuesta de vida, una potencia indeclinable. Palpar, con destreza felina y con paciencia vegetal,

todos esos terrenos afectivos, esas tesituras del ser-con, y esos matices del con-tacto que habitan nuestros contra-tiempos y que rozan los cabellos de mundos más amables.

q querer

Fuerza de la voluntad, apetencia de algunos vivientes, representa una inclinación ineludible cuya ambivalencia la convierte, como muchas de las prácticas del desacato, en un inevitable y peligroso tal vez. Querer como una forma de iniciar un movimiento, incluso de propiciar un comienzo. Querer con desesperación, con ligereza, con cariño, con apego, con sed, con frescura, con y sin inocencia, o con la necesidad de lo que urge. Querer como quienes aceptan una invitación, como les que se apasionan con una lucha, como aquellos que aceptan un desafío, como a les que les urge un otro-mundo. Querer como una conexión con lo/s otro/s, y entonces, querer-nos, un poco más, un poco mejor, un poco más seguido. Querer-nos para conmovernxs los unos a los otros, para tender los puentes que anuden los pliegues porosos de nuestros mundos. Querer-nos, así, entre nos-otrxs, en la ruptura de lo mismo, en la apertura de lo que está más allá de cualquier sí mismo o cerrazón.

r recordar

Insumo feroz de las des-memorias; esta capacidad anímica de selección, conservación y transformación del pasado constituye una pieza clave en el inventario de nuestras técnicas del des-acato. Recordar, como una manera de suturar y reparar el tejido siempre abierto del transcurrir, como un modo de recuperación creativa de lo-que-ha-sido y aún así no-cesa-de-ser. Recordar lo perdido, lo conseguido, lo soñado, y también lo que nunca fue. Recordar a quienes estuvieron, a les que son-junto-a-nosotrxs y a les que están por venir. Recordar con las tripas, con el olfato, con la imaginación, con los dedos, con los textos y con los relatos. Recordar lo lindo, lo ácido, lo amargo, lo ingrato, lo grande, lo pequeño y lo incierto. Recordar, sí, pero no como lo opuesto al olvido, sino como una manera de dejar ir y de retener a la vez, como un proceso de digestión del éxtasis que liga precaria e inexorablemente lo-sido, con el presente, la pérdida y el porvenir. Recordar, para volver a pasar por la mente y por el cuerpo lo que permanece en el modo de una

ausencia, de una evocación o incluso de una visita. Recordar, con insistencia, para hacer de la memoria común, sitio de reparación y de encuentro colectivo.

S sorprender

Alquimia del desconcierto, táctica de distracción, o estancia del ánimo: tiene la virtud de ligar el afecto al movimiento, el presente al orden de lo incalculable, la potencia de conmoción al no-saber. Sorprender, como una forma de forzar lo inesperado, como una manera de interrumpir la monotonía de lo disponible y de hacer de la desorientación nuestra aliada. Sorprender con nuestras voces, con nuestras ausencias, con nuestros rostros y con nuestros destiempos. Sorprender, para escabullirnos por las pendientes de montañas invisibles y para introducir las dosis necesarias de asombro y confusión. Sorprender, porque todavía podemos, y por eso mismo, sorprender-nos, incluso en ocasiones maravillarnos. Sorprender-nos entonces para alojar lo imprevisible, para captar eso que escapa a los maquínicos algoritmos y a nuestras humanas predicciones, para dar lugar a lo que puede ser de otra manera Sorprender-nos, porque sin esta tesitura temblorosa del ánimo, no seremos capaces de desconocernos, de desarmarnos, de descentrarnos, de desviarnos.



temblar

Un pequeño derrumbe, un delicado estremecimiento, una estrepitosa oscilación; quizás el riesgo de todo movimiento. Temblar, como una forma de sacudirnos la carne, la mente y los deseos, como una manera de hacer tambalear el cuerpo, el centro y el pensamiento. Temblar, como quien intenta inducir, o al menos acompañar, la vacilación de lo im-posible. Temblar, para no quedarse aferrado a un único suelo, a un único ser, o a una única creencia; para conmover eso que creíamos nuestros fundamentos. Temblar para dudar, para recalcular, para equivocarnos, para dejar que resuene lo que está más allá de nosotros mismos. Temblar para sacudir el tablero y experimentar eso que, dice Mónica Cragolini, “acerca a la posibilidad, al ‘todavía’, al ‘ún no’, al ‘quizás’”. Temblar porque no hay un tal-vez-otro mundo sin el titubeo trémulo que nos expone a la corrosión, a la pérdida, al desconcierto, y a la puesta en jaque del sí mismo.

U unir

Conjuro biopolítico contra la segregación y la vulnerabilidad, estrategia de acción concertada y necesidad de todo lo viviente: constituye una de las más importantes fuerzas creativas y des-tituyentes. Unir como una forma de conectar materiales, de ligar voluntades y de actuar en conjunto. Unir, como una manera de propiciar el juego de las diferencias y las afinidades, de las distancias y de las cercanías, de las coyunturas y las complicidades. Unir, entonces, no como quien borra, desconoce o rehuye a los antagonismos y asperezas, sino como quien hace de ellas el motor del des-encuentro, la ocasión de una reunión, la posibilidad de compartir alegrías y tristezas. Unir para articular, para anudar fuerzas, pasiones, ideas y movimiento. Unir, con la pericia de quien hace de la maraña un tejido, de las maderas un instrumento, de las injusticias un antagonismo. Unir con las manos, con el pensamiento, con las canciones, con los encuentros, en los fanzines, en las marchas, en los festivales. Unirnos, para marcar los desacuerdos, para mostrar

los disensos, para resistir a los mandatos y para combatir la sobredosis de soledad y aislamiento al que somos sometidos. Unir-nos, para encharnarnos los sueños, para contagiarnos las potencias, para compartir los cobijos, para celebrar nuestras fiestas.

V

vivir

A veces un infierno, a veces un remanso, en ocasiones un abismo, en otras un letargo; a como dé lugar, el embrollo en el que estamos inmersos, el desafío al que no podemos renunciar. Vivir como un problema, como advierte Haraway, como el conflicto en el que debemos permanecer, como una inquietud común, en el mejor de los casos, una pre/ocupación colectiva. Vivir, como un destino al que estamos arrojadxs, pero también como una posibilidad, como una práctica, como un arte, como un aprendizaje. Vivir con y gracias a otros; y también vivir junto-a, antes-que y después-de otros tiempos, otros mundos, otros seres. Vivir con intensidad, con pereza, con apatía, con ternura, con crueldad, con ahínco, con ligereza, con temor, o con sosiego. Vivir, con todo lo que ello implica, pérdida, gasto, monotonía, sobresalto, cambio, riqueza, ausencia, distracción, placer, falta y exceso. Vivir, allí donde lo invivable se combate con más vida, con otras vidas, con otras maneras de habitar la vida-muerte-en-común, el viscoso umbral que nos pone a les unes en contacto con lo/s otro/s.



Y
yacer

Arte de la improductividad, necesidad de todo lo viviente, estado compartido por todos reinos de lo animado y lo inerte; es una de las prácticas del desacato más subestimadas. Yacer, como una manera de estar en el mundo, con la entrega de las piedras, con la contundencia de los muertos, con la calma de quienes disfrutan las siestas, con la sabiduría de los animales que reposan debajo de la sombra más generosa del verano. Yacer, como una forma de interrumpir el imperativo de hiperproductividad, como un modo de recuperar las fuerzas, y también como una posibilidad de disfrute. Yacer, boca arriba, boca abajo, o de costado, con las brazos cruzados, de cara al cielo, y con los ojos bien cerrados. Yacer, para deternos, para demorarnos, para reparar, para simplemente estar. Yacer, para recordar la potencia de lo quieto, de la pausa, de lo lento, de la detención, y de la inacción.

zigzaguear

Una provocación, acaso una invitación, quizás el más difícil de los retos: aprender a desplazarse sin la inocencia de lo recto ni la comodidad de los caminos ya trazados. Zigzaguear, como una manera de deambular con los movimientos, de recorrer un territorio, incluso de ocupar el tiempo. Zigzaguear con la punta de la fantasía, con el rodeo de la duda, con el contorno del cuerpo, o con la sensibilidad de la hierba que se cuele entre las grietas. Zigzaguear como una forma de reivindicar el desvío, la curva, la casualidad, el temblor, las vueltas. Zigzaguear, con la fluidez corrosiva del agua, con la tranquilidad de los perros de pueblo, con la inteligencia danzante de la piel de las serpientes, o con la entrega jovial del repasador que serpentea atado a la soga de una terraza. Zigzaguear, delicada y abruptamente, porque no hay desacato sin rodeos, sin desvíos, sin delirios; porque es en esos pliegues que anudan un movimiento con un territorio, un contacto con una posibilidad, una fuga con una potencia, donde descansan nuestros contra-tiempos y complotan nuestros corrimientos.

6 notas para un epílogo

Janna Tegeler

Vir me pidió escribir este epílogo y decidí hacerlo a modo de notas, retomando algo que ellx trabaja insistentemente en este borrador, pero que también está presente en sus clases, en las juntadas con lxs amigxs y en nuestras cenas (esos momentos que son cobijo y alivio para mí): pensar (desde) lo precario, lo provisorio, lo fragmentario y lo frágil permite develar otras resonancias afectivas, otras vías de sentido.

En estas 6 notas intento evocar algunos de los ecos que, tras leer las entradas, persisten con sus sonidos en mi cabeza.

I. Palimpsesto

Un método antiguo de economía de materiales: usar una piedra suave para borrar, raspando en el pergamino, la escritura anterior e imprimir allí nuevas narraciones. Pero el texto anterior nunca desaparece del todo, se trasluce, se asoma, palpita en la superficie. Insumisa, la lengua de Vir se convierte en piedra, se convierte en herramienta y se frota contra las definiciones de los diccionarios para borrarlas y *atizar en esas palabras nuevos significados*. Vir expone que, como en un palimpsesto, al hablar, al escribir, al narrar, hay borrón pero *no hay cuenta nueva* y que en ese gesto se juega la disputa por los sentidos que subyace a toda escritura, a toda enunciación.

II. Las garras poéticas/La poética de las garras

Los cuerpos disidentes conocen el poder de las palabras, los cortes profundos que causan, las marcas ardientes que dejan, el sabor amargo que genera en la boca esa sensación de que tantas veces no hablan nuestro(s) idioma(s). Entonces, afilar las garras poéticas para tajar las definiciones estrechas, abrirles los costados y allí encontrar la potencia nutritiva de los significados que brotan de esas heridas. Lacerar para narrar. Lacerar la superficie pulida e inmune de los diccionarios para narrar un (posible) mundo insurrecto. Porque un diccionario abierto, con las entrañas afuera, permite decir el glitter en la espalda de lxs amigxs, la tortícolis de las señoras y señores de recoleta, el silencio incómodo de las fiestas familiares. Pero también narrar para lacerar. Narrar a Susy Shock, a Lohana Berkins, a Wittig y Zeig. Narrar nuestras huidas descolocantes y doloro-

sas, acompañadas y alegres. Narrar la muerte, el boicot, el temblor, para así lacerar el imaginario angosto y agobiante de nuestro presente.

III. El burro

Con las orejas tiradas hacia atrás y el cuello firme, resistiendo al tirón de la soga, el burro frena su marcha, interrumpe la tarea que le asignan, tal vez por eso la lengua capitalista le atribuye tantas connotaciones negativas. Pero Vir reivindica este gesto iracundo y testarudo. Trabaja con las palabras como si enterrara un par de pezuñas con determinación y enojo en la arena de los sentidos establecidos y limitantes, para resistirlos. En las montañas de tierra que se arman entre las uñas clavadas en el piso, se imprime una terca cartografía del desacato.

IV. La escritura (con)movida

Vir no define, no circunscribe, no delimita, no detiene los verbos: traza zigzagueantes y oscilantes caminos para ellos, desde los cuales explorar las múltiples aristas de sus significados. Profundamente vital y afectada, su lengua se alimenta de risas, de proyectos colectivos, de charlas, de debates y de lágrimas y gritos compartidos. Es ella misma una puesta en ejercicio de las técnicas del desacato. Duda y hace dudar, conmueve y se conmueve, incomoda y se incomoda, huye de la tranquilidad anestésica de lo seguro y lo ya-resuelto. Se aloja en la arena movediza de un reflexionar que habita las ambivalencias y escapa del pensamiento dicotómico. Hace de la inestabilidad y el movimiento su morada.

V. El alivio

Recorrí este borrador como un perro recién liberado del collar recorre el pasto. Su propuesta filosa y amorosa, belicosa y suave desató corridas descoordinadas. Ensimismada en el movimiento, en lo vertiginoso del ahora, me revolqué en esta posible otra vida que late en la constelación de las entradas, en su lenguaje híbrido, lúdico y ensayístico. Pero su minuciosidad y sus detalles me llamaron, me pidieron que tomara aire, que volviera una y otra vez sobre lo ya leído para morder, saborear y disfrutar cada trazo inesperado que dibuja, cada deslizamiento que fantasea. En el pasto de sentidos nuevos que creó Vir, la resistencia se convierte en aliento, la terquedad posibilita la alegría, la agitación de las corridas por ese laberinto poético- filosófico cede de repente su lugar a un respirar hondo y ahí es cuando aparece el alivio. Un alivio profundo que nace de la posibilidad de reubicarnos, de correrlos, de relocalizarnos en otros términos y con otras genealogías.

Superficie textual

(APENAS ALGUNOS DE LOS PLIEGUES TEXTUALES
MÁS EXPLÍCITOS)

Lohana Berkins, “Mensaje de despedida”,
El tribuno, 5 febrero de 2016.

Mónica B. Cragolini, *Derrida, un pensador
del resto*, Buenos Aires, La cebra, 2007.

Jack Derrida, *La escritura y la diferencia*,
Barcelona, Anthropos, 1989.

val flores, *Desmontar la lengua del mandato*,
Criar la lengua del desacato, Santiago
de Chile, CUDS-Editorial Mantis, 2014.

val flores, *Interrucciones. Ensayos de poética acti-
vista*, Neuquén, La Mondonga Dark, 2013.

Jack Halberstam, *El arte queer del fracaso*, Bar-
celona/Madrid, Egales, 2018.

Donna Haraway, *Seguir con el problema*.
Generar parentesco en el Chthuluceno,
España, Consonni, 2019.

Jean Luc Nancy, *El intruso*, Buenos Aires,
Ammorortu, 2006.

Adriene Rich, *Artes de lo posible*. España,
Horas y horas, 2007.

Moyi Schwartzer, *Que otros jueguen lo normal*.
*Archivos de militancias y deporte desde una
perspectiva transmasculina*, Buenos Aires,
Puntos suspensivos, 2020.

Susy Shock, *Hojarascas*, Buenos Aires,
Muchas nueces, 2017.

Monique Wittig y Sande Zeig, *Borrador para
un diccionario de las amantes*, Barcelona,
Lumen, 1981.

Lucila Adano

Ilustradora, feminista, tatuadorx. Dibuja, pinta, escribe y hace dirección de arte. Desde que comenzó a ilustrar, en el 2014, ha colaborado para diversas editoriales (Página 12, SOY, Planeta, Muchas Nueces, Maten al Mensajero, Ubu), y de publicaciones y proyectos independientes. Si se tiene que definir, se define en movimiento.

Janna Tegeler

Vive desde hace 12 años en Buenos Aires. Estudió Letras en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Entre otras cosas es docente, feminista y lesbiana. Traduce, saca fotos y a veces también las borda.

Vir Cano

Es filósofox, docente, activista lesbiana y feminista. Ha publicado en esta editorial el libro *Ética tortillera* (2015) y la compilación colectiva *Nadie viene sin un mundo* (2018). También es autorx de *Dar (el) duelo* (Galerna, 2021), *Nietzsche* (Galerna, 2015), y co-autorx junto a Judith Butler y Laura Fernández Cordero de *Vidas en lucha. Conversaciones* (Katz, 2018).

Índice

Presentación.....	6
Des-instrucciones para escribir este borrador .	10
Diccionario	14
Epílogo por Janna Tegeler	80
Superficie textual	88
Biografías	90

Se terminó de imprimir
en junio de 2021.